

Entaba nada menos que de reunir las "viventias" y dar la lucha lo harían por medio de una gruesa revista de seiscientos páginas, ya habían escrito pidiendo su colaboración a Einstein y a Kandinsky; a Lager no, por *démode*; pero sí al profesor Picard, y entre los nacionales a uno de los físicos más eminentes, encargado en esos momentos de fijarles la fecha aproximada en que el hombre podría viajar en un rayo.

Sibellino y Juan Carlos Paz parecieron a estos vanguardistas suficientemente dignos de participar de su grupo, pero no sin condiciones. Cuando entrevistaron al primero fue para indicarle que la escultura que haría en adelante debería ser *temporal*, como ya la ejecutaban sus colegas del grupo ("un trocito de madera en la punta de un alambre que se balancea de un lado al otro", me dijo Sibellino). Mientras éste, haciéndose el que meditaba, se mordía la uña del pulgar mirándolos con el raballo del ojo, los oyó decir que Kandinsky, colmo de la descortesía, no había contestado una carta; él les preguntó con interés si le habían escrito al cementerio.

A Juan Carlos Paz le dijeron que su música, como toda la que fluye en el tiempo, era antiquada; la manera de modernizarla era hacer música espacial, que se toque y no se mueva. Les respondió que desde que se toca una nota, la música entra en el tiempo, pero ellos le retrucaron que era asunto suyo el trabajo de volverla espacial; debería ingeniárselas para inventarla, como ellos habían inventado la escultura temporal y el cuadro sin marco. De todas maneras, ya se había decidido que en el primer número de la revista por aparecer se publicaría una de sus obras, en papel negro, con la música en blanco. "Perdón —les respondió Paz—, yo no me presto a esas cursilerías".

¿Qué buscaban estos jóvenes tendidos demencialmente al mañana? Genios, mártires, santos, héroes, romanticismo literario en el fondo. Lucio Fontana, que venía a menudo a casa, me habló de ellos. Luego, durante los meses que precedieron su retorno a Italia, comenzó a explayarse sobre el tema de una escultura espacial inexistente a proyectarse en el firmamento. Era todo lo contrario de la escultura temporal, pero iba más lejos, dado que ella, a su juicio, no se concretaba sino en la mente del artista creador, quien podía no obstante proyectarla en la pantalla del cielo —imagino que nocturno y sin nubes—. ¿Por qué medios? Como siempre que se le pedía

lógica, Fontana se echó a reír, con cara de Pascuas, como un chico que cae de las nubes.

En 1946 se sitúa la aventura "Altamira". Fue un Taller Libre nacido de la idea de no sé quién —se únicamente que lo montaba el editor Gonzalo Losada y que participarían de él, como profesores, Raúl Soldi, Jorge Larco y yo, para Dibujo y Pintura; Lucio Fontana para Escultura y Romero Brest para Historia del Arte. No habría director, cada uno de los profesores sería el responsable de su clase. Llegó a mi conocimiento, aunque con retraso, pues si recurrieron a mí fue porque otro pintor no había aceptado.

El proyecto era magnífico, liberal, idealista; puede resumirse así: un hombre industrioso y generoso aporta su mecenazgo; se abre una escuela de arte; un grupo de profesores trabaja para el alumnado entusiasta que sin duda va a inscribirse, y no cobra sueldo, el monto líquido de las entradas va a incrementar un fondo único para adquirir al más breve plazo el edificio propio que permita hacer de "Altamira" una gran escuela, donde los profesores, con el andar de los años, serían sus propietarios por partes iguales, justa recompensa a sus nobles esfuerzos.

Acepté. Al iniciarse el período escolar se abrieron las inscripciones. Contra lo que me esperaba, la mayor parte de los aspirantes a alumnos de pintura se anotaron en mi curso. Cuando vi que en la gran sala no cabía un caballete más, pedí a la señorita secretaria me hiciese el favor de cerrar la inscripción para mis clases. Estas empezaron y todo partió muy bien; el éxito de la escuela superó las expectativas. Pero quiso la mala fortuna que nos pidieran los locales, de modo que terminado el año escolar desapareció "Altamira". Si algo lamento, es que no haya habido una reunión previa a la disolución de la escuela.

La noticia de mi cesantía en el Museo la recibí por teléfono un par de meses después de cerrar sus puertas "Altamira", en Mar del Plata, donde nos encontramos veraneando en la buena compañía de Julio y María Inés Payró. Juan Petrarú me la comunicó desde La Plata a la hora del almuerzo, y fue una bella ocasión para hacer un brindis por la libertad recuperada.